

# Editorial

## Dos libros de Ruy Pérez Tamayo imprescindibles para patólogos

Ruy Pérez Tamayo, figura señera de la patología americana, que le va a rendir un especial homenaje en el próximo congreso latinoamericano a celebrar en Panamá, donde se inicia una conferencia con su nombre y que en esta primera ocasión impartirá el maestro Javier Arias Stela, es heredero, por un lado, del catedrático vallisoletano Isaac Costero, y por otro de la arrolladora patología americana en las figuras de sus maestros Gustav Dammin y Lauren V. Ackerman de la Universidad Washington, en St. Louis, Missouri.

Después de haber recorrido un largo camino por la senda de libros históricos y biográficos —en esta ocasión dejamos a un lado los libros de patología que ha escrito y dirigido—, nos ofrece ahora uno de esos libros especialmente atractivos para patólogos, pero que realmente son universales, que se leen de una vez y que cuando se terminan de leer sienten un cierto desengaño porque tendrían que ser más extenso (1). Para escribir este libro que nos abre tantas claves a nuestra ciencia y nos aclara caminos gloriosos (y algunos muy torcidos de ella) es necesario ser hombre de saberes y amores a la patología asistencial y experimental, con una cultura enciclopédica, con un señorío entrañable, heredero de la cultura azteca y del renacimiento europeo.

No se trata de un relato histórico más sino de la aportación de un humanista moderno, de alguien con un sustrato científico y cultural que le permite hacer una recreación de aquellas vidas y su entorno, de manera que pocos hombres que fuesen meros científicos o historiadores podrían hacer. Nada más lejos de una relación de

hechos, sino una historia tan viva que repentinamente nos sentimos trasladados a aquellas épocas, a aquellos lugares, y vivimos con ellos sus vicisitudes, sus esfuerzos y su coraje. Detalles precisos sobre los acontecimientos vitales y sociales de los biografiados, sobre su entorno histórico, el significado de su obra en la historia de la ciencia y algo especialmente enriquecedor: las amplias traducciones de las partes más significativas de las obras originales de estos colosos de la ciencia.

La primera de las seis historias que componen el libro es la de aquel pilar del renacimiento científico que fue el belga Andrés Vesalio, nombre latinizado de Wesel o Wessel, comadreja, a las que quizá por la fuerza de la sangre ya disecaba en su temprana infancia. Una figura enormemente atractiva, con un ciclo vital lleno de paradojas, como fueron el ser dilecto discípulo de Sylvius, que se caracterizaba por su oposición al uso de figuras para ilustrar los detalles anatómicos, mientras que Vesalio publicó su *Fabrica* con 73 láminas maravillosas de autor desconocido. Fue un hombre íntegro durante toda su vida, pero se transformó en raptor de cadáveres de ajusticiados (bien es verdad que en aquella época era más una obligación que un demérito). Fue creador de una colosal tarea personal pero tuvo que pasar sus últimos años acosado por los celos de los colegas españoles y con sentimientos de frustración y tedio por ser médico de Carlos V, entre otras razones porque no podía realizar el objetivo de su vida, hacer disecciones anatómicas en aquella sociedad de la Inquisición y de la inquina, como se lamentaba en una larga carta a su colega Fallopius.

La segunda historia gira en torno a la cirugía durante los siglos XIV a XVI y a Ambroise Paré, el hombre que revolucionó el tratamiento de las heridas por arma de fuego. Esta historia de la cirugía le permite valorar el papel propulsor que le dieron los monjes a pesar de que estaban inhabilitados por los sucesivos Concilios y el rechazo académico de algunas facultades de medicina como la de París, que en 1350 exigió a los que querían estudiar medicina jurar que nunca practicarían la cirugía.

La tercera historia se refiere a Bichat, "un visionario, casi un iluminado". Paladín del vitalismo, creía en la sensibilidad y en la contractilidad como dos de las propiedades básicas. Con su obra refuerza considerablemente la revuelta antigalénica de Paracelso, y aunque vivió en plena Revolución Francesa su contribución a ella la hizo fuera del contexto sociopolítico a expensas de la originalidad de su aportación científica. "Bichat es un símbolo: él representa el progreso de la medicina a través de la observación y de la experimentación, del trabajo y de la entrega a la docencia y a la vida académica": éste es, en opinión de Pérez Tamayo, el verdadero legado de Bichat.

El cuarto capítulo está dedicado a los orígenes de la microbiología, especialmente a la "teoría de las semillas", con comentarios insospechados sobre la teoría infecciosa a través de numerosas intuiciones geniales descritas en distintos libros, algunos de medicina y otros puramente literarios, de los que están tomados los pasajes más significativos.

El capítulo tiene una dedicación especial a Agostino Bassi (1773-1856), que describió solo y casi ciego el agente causante de la enfermedad llamada "calcinaccio" o "muscardine", que afecta a los gusanos de seda y que considera de naturaleza contagiosa. Se adelantaba 30 años a Pasteur y Koch. En 1844, a los 71 años consideraba ya como enfermedades infecciosas al sarampión, la fiebre manchada, la peste bubónica y la sífilis.

El capítulo quinto que le da título al libro se refiere a la apasionante historia, que nunca conocí con tantos detalles significativos, de los "resurreccionistas", una profesión "aceptada" y ejercida por gente respetable, a veces algo menos respetable, y de sus equivalentes nada respetables, los amigos Burke y Hare, fabricantes y creadores de una industria para confeccionar cadáveres que vendían a la Escuela Privada de Medicina de un gran profesor, el Dr. Robert Knox, que si algún defecto

tenía era el no hacer preguntas indiscretas. Se los vendían a él y no a su lugar natural, que era el Departamento de Anatomía de la Escuela de Medicina de la Universidad de Edimburgo, que estuvo en poder de la famosa dinastía Monro, abuelo, padre e hijo, una misma familia enseñando anatomía en el mismo sitio durante ¡136 años! ¿Quién criticaba las cátedras hereditarias?

La última historia, especialmente atractiva para los patólogos, se refiere a los dos gigantes de la medicina alemana y austriaca del siglo XIX, en concreto a la postura crítica del joven Virchow al libro escrito por el viejo Rokitsansky. Conocemos las vicisitudes juveniles de Virchow, el papel enormemente importante que desempeñó como antropólogo y sociólogo ante una sociedad demasiado conservadora, haciendo una costumbre de su vida sus enfrentamientos con los *junkers*, hasta que éstos pudieron ajustar las cuentas, cosa que siempre sucede tarde o temprano.

La transcripción al español de las propias ideas de Rokitsansky y la de la crítica sistemática de Virchow constituyen dos documentos excepcionales en el origen de la anatomía patológica moderna, que se leen con verdadero gusto y que no dejan de tener su lugar, con las debidas adaptaciones, en la medicina actual.

En la introducción del libro comentado se recoge dónde fue escrito este segundo: "En el verano de 1995 mi esposa y yo pasamos cuatro semanas en la Villa Serbelloni, en Bellagio, Italia. Ésta es una espléndida propiedad que la Fundación Rockefeller ha transformado desde 1959 en un Centro de Estudio y Conferencias, con un carácter esencialmente internacional. La Villa Serbelloni ocupa un promontorio arbolado de aproximadamente 40 km<sup>2</sup>, con hermosos parques y jardines y con el edificio principal y otros siete más, algunos del siglo XVII. La propiedad forma parte del pueblecito de Bellagio, que está enclavado en el lago de Como, vecino a los Alpes italianos."

Lo que no dice es que dicha estancia ha sido reflejada en otro librito (2), del que entresacamos algunos comentarios especialmente significativos para comprender uno de los lugares edénicos que hay por estos mundos:

"... En la Villa Serbelloni convivimos con otros residentes de otros países y de diversas actividades profesionales, lo que contribuyó a hacer nuestra estancia to-

davía más agradable y enriquecedora. Yo aproveché la tranquilidad para trabajar en estas páginas.

“... Por medio de un programa cuidadosamente preparado, un grupo de intelectuales de las más diversas extracciones, tanto profesionales como geográficas, conviven en la Villa Serbelloni durante lapsos de cuatro semanas, que no son siempre los mismos porque sus llegadas y salidas están escalonadas, de modo que cada semana dos o tres se despiden y son reemplazados por otros tantos.

“Se trata de un experimento de convivencia internacional con el que se pretende estimular la creatividad de los participantes a través del contacto cotidiano con sus pares en otras disciplinas y de otros países. Durante el lapso mencionado los miembros, que se conocen como «residentes», no son los únicos visitantes de la Villa; cada dos o tres semanas llega un grupo distinto, formado por 10-20 personas, que se quedan 2-3 días y participan en diferentes conferencias, también patrocinadas por la Fundación Rockefeller. La única obligación de los residentes es cenar juntos todos los días; cuando hay conferencia, los participantes también cenan con ellos. El resto del tiempo es libre...

“... La solicitud para ser aceptado como residente en la Villa Serbelloni incluye, además del *curriculum vitae*, la descripción detallada de un proyecto de trabajo acom-

pañada de los documentos relevantes y los nombres de tres personas dispuestas a dar una opinión al respecto. Yo describí el contenido tentativo de un libro en el que había estado pensando desde hacía un par de años y que necesitaba de un periodo de atención concentrada para empezar a adquirir un aspecto un poco más definitivo.”

Un paraíso que combina la belleza natural con la creada por el hombre, un lugar de encuentro con la convivencia, la tolerancia, la inquietud científica e intelectual, un lugar que hace exclamar no importa el tiempo transcurrido: “Yo quisiera estar allí... ¡Todavía estoy allí!...”.

Yo me limito a esperar una postal desde Villa Serbelloni con vistas al lago Como de algún patólogo español de los que tienen tanto que decir y que pase por allí...

## BIBLIOGRAFÍA

1. Pérez Tamayo R. La profesión de Burke y Hare, y otras historias. Fondo de Cultura Económica. El Colegio Nacional. México 1996. (El Colegio Nacional, Luis González Obregón 23, Centro Histórico C.P. 06020 México, DF.) (Fondo de Cultura Económica. Ctra. Picacho-Ajusco 227, 14200 México, DF.)
2. Pérez Tamayo R. Un verano en la Villa Serbelloni. El Colegio Nacional. México 1995.

*Horacio Oliva Aldamiz*

